

Carta desde Inglaterra

Tiempo de antologías

Jordi Doce

Ya lo dijo Manuel Vázquez Montalbán hace treinta años: «Las antologías sí que se leen. Creo que a partir de ahora sólo escribiré antologías». Lo que en boca del futuro creador de Carvalho no era más que una *boutade* irónica (eran los tiempos de la «subnormalidad» militante), se ha convertido para algunos en una ocupación rentable, a la que dedican más tiempo y esfuerzo que a sus propios escritos. Hoy sí puede decirse que existen escritores de antologías, gentes de pulso impaciente que han decidido saltar la barrera del lector contemplativo y poner un poco de orden en el trabajo de sus contemporáneos. El síndrome del antólogo, tan bien dilucidado por Ginés Ayala en un antiguo número de la revista *Clarín*, es el producto de una frustración evidente. El antólogo es más que un crítico pero menos que un escritor: falta de personalidad creativa, adopta las máscaras de sus escogidos para hacerse una ilusión de autoría. Sabedor de su cortedad literaria, necesita de los demás para dar cuerpo a su deseo. De ahí la admiración de algún practicante señalado por el ejemplo de Pessoa: la antología tiene mucho de creación de heterónimos por la vía rápida. Esto es particularmente visible en los florilegios de poesía joven, donde la falta de materia bruta permite un mayor intervencionismo. *Selección nacional* se llamaba una reciente, y el título no engaña. El antólogo se equipara a un entrenador que no sólo selecciona a sus jugadores favoritos, sino que impone una visión del juego, ordena sus movimientos, ensaya las técnicas que han de dar la victoria al equipo. La comparación es burda, pero también lo son el título del volumen y los criterios que la animan. Como ya he escrito en otra ocasión, nuestro discurso crítico viene funcionando desde hace demasiados años a golpe de antologías. Se antologa no lo que ha sido publicado y comentado por la crítica, sino lo que se quiere publicar, utilizando la antología como anuncio y apoyo de futuros libros, e imponiendo criterios bastardos a una crítica que ha renunciado a una mínima coherencia e independencia de juicio.

¿Exagero? No me lo parece. Todos somos antólogos en potencia. Leemos movidos por gustos y disgustos, y en la intimidad del sofá vamos ordenando mentalmente nuestras preferencias, sumando páginas a esa antología

invisible que es nuestra memoria activa. Pero sólo unos pocos dan el paso fatal y se lanzan alegremente a poner orden en el mercado, separando las churras de las merinas, dictaminando quién vale y quién no. José-Carlos Mainer califica de «disculpable» esta «manía de ser zahorí del futuro». Tal vez. Me pregunto, sin embargo, si esta profusión mareante de antologías no es síntoma de la debilidad ya endémica de nuestro discurso crítico, enfan-gado en estériles debates sobre la validez de ciertas etiquetas y divisiones generacionales. La escasez de lecturas atentas y rigurosas favorece la reunión en piñas y racimos indiscriminados. La desconfianza hacia la excen-tricidad y la diferencia promueve el espíritu gregario y el epigonismo somero. No en vano, siguen vigentes en nuestra poesía los usos que Andrés Sánchez Robayna denunciara hace años desde las páginas de *Quimera*: «La locuacidad desatada y la tendencia al grupo, a la imitación del vecino con-vertido en alto modelo poético, elevado a la categoría de cabeza genera-cional». Late en el fondo de muchas actitudes un cinismo mal disimulado. Cuando se afirma que las antologías sirven para aclarar un panorama con-fuso (véase la *Antología consultada* de Visor), no se ignora que el exceso de antologías es un síntoma más, y no el menor, de esa confusión. No se corrige el mal reincidiendo en él. En este último caso, el anonimato intro-duce un agravante: la falta de responsabilidad. ¿Qué decir, en rigor, de un remedo de responsabilidad colectiva que ni siquiera merece el respaldo del prologuista? Si la figura del antólogo es la personificación de una creativi-dad fallida, la de la antología anónima encarna el ansia de prestigio litera-rio de ciertos individuos unidos por la amistad y la afinidad retórica.

Pero no estamos tan solos. Si observamos lo que sucede en el mundo lite-rario inglés, veremos que también allí el furor antológico gobierna a edito-res y críticos. Un simple vistazo a las mesas de novedades de *Blackwell's* y *Waterstone's* confirma que el virus del fin de siglo ha hecho estragos entre las editoriales con ínfulas literarias. Pero con una diferencia: si en España se antologa a niños de teta, en la pérfida Albión el radio de acción ha sido mucho más amplio, aunque no por ello menos teñido de provincianismo insular y poquedad crítica. Algo tiene esta poquedad de signo de los tiem-pos, pues sus fobias son las mismas en todas partes: el vanguardismo de entreguerras, la elucubración metapoética, el derroche verbal.

Tal vez la más provinciana y pretenciosa entre las antologías recientes sea la de Peter Forbes, *Scanning the Century: The Twentieth Century in Poetry* (*Escandiendo/ Escaneando el siglo: el siglo veinte en la poesía*), publica-da a comienzos del verano por Penguin. La idea de partida no es mala desde un punto de vista comercial, aunque peca de arrogante y revela, como mínimo, una concepción instrumental de la literatura: hacer un repa-

so del devenir del siglo al hilo de su expresión en la poesía mundial. La perspectiva es decididamente la de un inglés de finales de siglo, convencido de la preeminencia de la cultura anglosajona en el mundo, y educado en una visión de la historia reciente que privilegia los avatares del hemisferio norte: Inglaterra, Alemania, Rusia y Estados Unidos son los grandes protagonistas de un siglo partido en dos por el trauma del Holocausto. Esto, que no es particularmente criticable (al fin y al cabo, uno es hijo de su tiempo y de su lugar), opera en grave contradicción con el otro deseo expreso del antólogo: ofrecer una muestra de la poesía mundial de los últimos cien años. La pretensión es a todas luces ridícula, y sería irrelevante si no viniera respaldada por el ya gastado prestigio de Penguin, pero Forbes procede con un aplomo en el que se mezclan a partes iguales el atrevimiento, la ignorancia y el convencimiento de que Londres sigue siendo el centro del mundo. En cierto modo, y a pesar de que no puede rivalizar ni por asomo con las capacidades intelectuales de Harold Bloom, la actitud de Forbes no es muy diferente a la del autor de *El canon occidental*. No me refiero tanto a la risible lista que remataba su repaso de las grandes figuras del canon (que también), como a su pretensión de impartir una lección magistral sobre Borges y Neruda desde un desconocimiento total del idioma. Cierto, tanto Borges como Neruda han tenido la suerte de contar con espléndidos traductores (la versión de «Alturas de Machu Píchu» firmada por John Felstiner es poco menos que un prodigio), pero eso no excusa la arrogancia intelectual de Bloom, empeñado en hacer de los dos poetas simples herederos del gigante Whitman. Teniendo en cuenta que los académicos británicos desprecian sin ambages todo lo escrito sobre literatura inglesa por el resto del mundo no anglosajón, me pregunto qué dirían del atrevido que pergeñara unas cuantas páginas sobre D. H. Lawrence sin saber inglés. O de alguien que al hacer una antología de la poesía de este siglo se olvidara de Wallace Stevens, Ezra Pound o W. H. Auden. Porque algo muy similar es lo que ha hecho Forbes en *Scanning the Century*. Y sin que nadie en las revistas y suplementos culturales de este país haya levantado una ceja.

Entre los poetas que Forbes no ha dudado en dejar fuera de su antología figuran, entre otros, Antonio Machado, Octavio Paz, César Vallejo, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Giuseppe Ungaretti, Paul Valéry, Giorgios Seferis, Yannis Ritsos, Odiseas Elytis, Vladimir Holan, Ingeborg Bachmann y Philippe Jacottet. Los hispanohablantes, en particular, salimos poco menos que despellejados: sólo Neruda, Celaya y Gil de Biedma pasan el nada sutil filtro de Forbes, y en el caso de los dos primeros con poemas mediocres. Nuestro antólogo no justifica estas ausencias, tal vez porque

son injustificables. Desde luego, no se deben a la imposibilidad de contar con traducciones fiables: ahí están, bien a la vista para quien quiera verlas, las versiones de Machado y de Vallejo firmadas por Charles Tomlinson, la edición de la poesía completa de Octavio Paz preparada por Eliot Weinberger, las espléndidas ediciones norteamericanas de Guillén y García Lorca.

Por supuesto, el problema es más grave, y remite a la pretensión original de antologar la poesía mundial desde el podio de la historia y la literatura anglosajonas. Si Forbes hubiera querido dar su visión del siglo veinte con ayuda de la poesía británica, nada habría que objetarle; al fin y al cabo, es un campo que (suponemos) conoce bien. La realidad, sin embargo, es muy diferente: a sus ojos, la poesía mundial sólo existe en la medida en que ha sido traducida al inglés, y a veces ni eso. No se explica, por ejemplo, que sólo los escritores en lengua inglesa ocupen tres cuartos de la antología. Aunque no siempre son escritores. Forbes tiene debilidad por los cantautores, e incluye a los Beatles, Bob Dylan y Joni Mitchell entre aquellos que dieron voz e imaginario a los años sesenta.

Con Dylan o sin él, la ausencia de Machado, Ungaretti, Paz y Valéry en un volumen de mil trescientas páginas de apretada letra no tiene justificación, y sería motivo de condena crítica en cualquier país europeo, más cuando se incluye la obra de poetas ingleses jóvenes cuyo único mérito es ser amigos y protegidos del antólogo. Aquí, sin embargo, ningún comentarista ha expresado su extrañeza. Uno ya lleva en este país bastantes años y conoce bien el carácter cerrado del gusto inglés, pero la recepción que ha merecido *Scanning the Century* es poco menos que asombrosa. O Forbes tiene muchos amigos en la prensa londinense (lo que es probable, ya que durante sus años mozos trabajó como periodista de divulgación), o la vida cultural inglesa ha decaído de manera alarmante. La insularidad provincial de Forbes cuadra a la perfección con un ambiente que condena al ostracismo a todo aquel con disonantes ínfulas internacionalistas. El hurraño silencio de la crítica no hace distinciones entre poetas consagrados (Charles Tomlinson, Christopher Middleton) y nombres incipientes (Stephen Romer). Los comentaristas de moda son gente como Jan Hamilton o Tom Paulin, cuya erudición e ironía urbana no ven más allá de Dover, y en vano ha de buscar el lector interesado referencias a escritores europeos en las revistas que pueblan los mostradores de *Blackwell's*.

Penguin tiene buena parte de culpa en lo sucedido. Se explica mal que un proyecto semejante (desmesurado y absurdo) cayera en manos de Peter Forbes, flamante director de *Poetry Review*, revista que si por algo se ha destacado en el pasado es por su abierta hostilidad hacia todo lo que huelga

a moderno y a importado. Y en la recia Inglaterra tradicional los dos términos son equivalentes. Forbes se quiere de izquierdas, pero su posición tiene mucho que ver con las impagables declaraciones de Margaret Thatcher en el último congreso del partido conservador: «Todos nuestros problemas provienen de Europa, y todas las soluciones han venido de los países de lengua inglesa». Un mismo recelo une a los ingleses por debajo de la aparente diversidad ideológica: el recelo hacia lo extranjero. Y esta desconfianza va unida a un mal disimulado sentimiento de superioridad. En el mundo de la literatura, toda innovación venida de fuera es vista con sospecha, y todo escritor que haya velado armas estudiando o traduciendo la obra de algún colega foráneo lleva colgado el sambenito de cosmopolita.

Forbes, como ya he dicho, hizo sus pinitos como periodista de divulgación científica, y ha aplicado a su labor editorial los principios periodísticos de la banalización y la apelación demagógica. La inteligibilidad es un valor supremo, y el sentimentalismo un recurso lícito para ganarse lectores. El juicio crítico cede su lugar a la estadística: el mejor poeta es el más popular. Como es lógico, las bestias negras de Forbes son T. S. Eliot, Ezra Pound (a los que ha dedicado varios editoriales fieros) y todo lo que despida un leve aura de vanguardismo. Su ideal declarado es una poesía que hable con el lenguaje del hombre común, aunque nadie se haya puesto de acuerdo sobre qué rasgos o combinaciones genéticas constituyen ese prodigio de llaneza, capaz de hablar con el verbo oxoniense de Auden o de conmoverse con las referencias *pop* de las últimas cuerdas literarias.

Una cosa sí parece cierta: según Forbes, el hombre común parece existir sólo en el Reino Unido. En los siete años que llevo hojeando *Poetry Review*, no he visto publicada una sola traducción de poesía extranjera. Pareciera, pues, que la sensatez es un valor exclusivamente anglosajón, no exportable al continente. Por algo Larkin hizo gala de no haber leído un solo verso extranjero en su vida. Tal vez le hubiera sorprendido saber que comportamientos similares empiezan a ser frecuentes en España, donde los partidarios de la sensatez literaria no suelen mostrar mucho interés por lo que escribe el hombre común al otro lado de los Pirineos. Cierto, nosotros no hemos llegado a los extremos de cerrazón provinciana que lastran fatalmente la cultura inglesa, pero al ritmo que vamos todo se andará. Por suerte, nuestro tradicional complejo de inferioridad nos impide caer en los excesos del señor Forbes, pero eso no obsta para que el mundo de referencias del joven poeta español se haya reducido dramáticamente en los últimos años. ¿Consecuencia de un hartazgo, tal vez? ¿Síntoma de una siempre deseada normalidad cultural? ¿Prueba de un mejor conocimiento de la propia tradición? No tengo una respuesta clara. Pero cuando alguien titula

una antología de poesía joven *Selección nacional*, puede sospecharse que el fantasma del nacionalismo estrecho no está muy lejos, y que se concibe la literatura como una lucha entre equipos rivales, un combate de fuerzas que buscan ganar a toda costa. La antología, pues, ya no sería la encarnación de un deseo, sino una simple arma arrojadiza. No por azar, Vázquez Montalbán abrió una de sus columnas de *El País* con una frase que parece completar sin fisuras su *boutade* de hace treinta años: «Las encuestas son como las antologías poéticas generacionales: han nacido para matar».